

BUTRAGO METIDO A PORDIOSERO.  
EN TORNO A UN SONETO ATRIBUIDO A CERVANTES

LUIS GÓMEZ CANSECO  
Universidad de Huelva

Líbreme Dios de entrar en dimes y diretes de atribuciones, pues no es mi rocín para esos vericuetos, donde se pierde mucho, no se gana tanto y eso en ocasiones contadas. No obstante, permítaseme volver sobre uno de esos sonetos atribuidos repetidamente a Cervantes, aunque sin más garantía que el oído y la voluntad del crítico de turno. Me refiero al tan traído y llevado *A un valentón metido a pordiosero*: «Un valentón de espátula y gregüesco», que nos ha llegado en tres manuscritos de la Biblioteca Nacional de España. El ms. 3985 de *Poesías diversas*, fechado en el siglo XVII y procedente de la biblioteca del duque de Uceda, da traslado del soneto en el f. 95v, junto con el famosísimo «Voto a Dios que me espanta esta grandeza». Con el título general de *Parnaso español* y copiado a finales del siglo XVII, el ms. 3913 lo incluye en su f. 28; mientras que el ms. 3768, *Colección de poesías de diferentes autores españoles*, lo copia en el f. 252v, asignándoselo a Cervantes, aunque, a decir verdad, a distancia, pues se recopiló entre 1846 y 1859.<sup>1</sup>

La trayectoria impresa del soneto se inició relativamente pronto, en 1654, cuando Josef Alfay lo incluyó como anónimo en sus *Poesías varias de grandes ingenios españoles*.<sup>2</sup> Juan Antonio Pellicer, al copiarlo en su *Vida de Cervantes*, de 1797, anotó: «es verisímil sea del mismo autor».<sup>3</sup> Por su parte, Agustín García de Arrieta lo presentó como inédito en sus *Obras escogidas* de 1826,<sup>4</sup> y Astrana Marín sentenció en 1958: «es casi seguro que le pertenezcan, pues no

<sup>1</sup> Cfr. *Inventario general de manuscritos de la Biblioteca Nacional. X (3027 a 5699)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984. Este trabajo se enmarca en los proyectos de investigación MINECO FFI2012-32383 y PAIDI HUM-7875.

<sup>2</sup> *Poesías varias de grandes ingenios españoles recogidas por Josef Alfay*, ed. José M. Blecua, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1946, p. 44.

<sup>3</sup> Juan Antonio Pellicer, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Gabriel de Sancha, 1800 p. 51.

<sup>4</sup> Agustín García Arrieta, *Obras escogidas de Miguel de Cervantes Saavedra*, París, Librería Hispano-Francesa de Bossange Padre, 1826, IX, pp. 380-381.

desdican de su estilo, de su ingenio ni de su gracia».<sup>5</sup> Los más recientes editores lo han encuadrado sabia y prudentemente bajo el epígrafe de atribuciones,<sup>6</sup> ateniéndose así a las precisas palabras de José Ignacio Díez Fernández cuando, en un trabajo imprescindible sobre otro soneto atribuido a Cervantes, concluye:

Son muy conocidos los problemas de fiabilidad que plantean las atribuciones de textos poéticos recogidos en los cartapacios de varios: un único testimonio no es garantía de veracidad (pero tampoco de falsedad). Por otro lado, las dos series de sonetos en las que se puede insertar el poema, la de Cervantes y la de Mendoza, ofrecen distintas garantías (es posible que el soneto 2 [«Un valentón de espátula y gregüesco»] sea una imitación —¿de Cervantes o de otro poeta?— del soneto 3 [«Voto a Dios que me espanta esta grandeza»]).<sup>7</sup>

Se añade a ello el hecho contrastado de que ese motivo, el del pobre que pide con amenazas, se repitió en textos áureos, con no demasiadas variantes, como se lee en el *Guzmán de Alfarache*, que satiriza sobre el modo en que piden los españoles: «Por cuanto las naciones todas tienen su método de pedir y por él son diferenciadas y conocidas, como son [...] los castellanos con fieros, haciéndose malquistos, respondones y malsufridos, a estos mandamos que se reporten y no blasfemen»,<sup>8</sup> o en *La pícara Justina*: «El pobre sobre todas las haciendas tiene juros, y aun el español tiene votos, porque siempre el pobre español pide jurando y votando».<sup>9</sup> Junto a esa pobreza desairada, se muestra otra figura común en la literatura áurea, como es la del soldado fanfarrón, en términos similares a los que dibuja Góngora en la letrilla de 1593 «Un buhonero ha empleado»: «Al bravo que echa de vicio, / y en los corrillos blasona / que mil vidas amontona / a la muerte en sacrificio,

<sup>5</sup> Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1958, VII, pp. 752-753. <http://www.publicconsulting.com/pages/astrana/index.htm>.

<sup>6</sup> Cfr. Miguel de Cervantes, *Poesías*, ed. Adrián J. Sáez, Madrid, Cátedra, 2016, p. 410 y *Viaje del Parnaso y poesías sueltas*, ed. José Montero Reguera y Fernando Romo Feito, Madrid, Real Academia Española, 2016, p. 318.

<sup>7</sup> J. Ignacio Díez Fernández, «El soneto del rufián ‘arrepentido’ (en dos series)», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 17.1 (1997), p. 102. También se ocupó de esta atribución Juan Bautista Avallé-Arce, «Atribuciones y supercherías», en *Suma cervantina*, ed. J. B. Avallé-Arce y E. C. Riley, Londres, Tamesis Books, 1973, pp. 399-408.

<sup>8</sup> Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, ed. Luis Gómez Canseco, Madrid, Real Academia Española, 2012, p. 262.

<sup>9</sup> Francisco López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, ed. David Mañero Lozano, Cátedra, Madrid, 2012, p. 219.

/ no teniendo del oficio / más que mostachos y ligas, nueve higas». <sup>10</sup> Es momento, ahora sí, de volver sobre el soneto:

Un valentón de espátula y gregüesco,  
 que a la muerte mil vidas sacrifica,  
 cansado del oficio de la pica,  
 mas no del ejercicio picaresco,  
 retorciendo el mostacho soldadesco, 5  
 por ver que ya su bolsa le repica,  
 a un corrillo llegó de gente rica  
 y en el nombre de Dios pidió refresco:  
 «Den, voarcedes, por Dios, a mi pobreza»,  
 les dice. «Donde no, por ocho santos 10  
 que haré lo que hacer suelo sin tardanza».  
 Mas uno que a sacar la espada empieza:  
 «¿Con quién habla -le dijo- el tiracantos,  
 cuerpo de tal con él y su crianza?  
 Si limosna no alcanza, 15  
 ¿qué es lo que suele hacer en tal querella?»  
 Respondió el bravonel: «Irme sin ella». <sup>11</sup>

Lejos de ahondar —o no— en la atribución a Cervantes, mi intención se limita a subrayar las notables coincidencias del soneto con varias escenas festivas de la comedia *El gallardo español*, primera de las *Ocho comedias* impresas en 1615. De hecho, Valentín Núñez Rivera ya ha profundizado con unas finísimas páginas en el paralelo de otro soneto, también de prohijamiento cervantino, con *El rufián dichoso*. Me refiero al titulado *A un ermitaño*, «Maestro era de esgrima Campuzano», que hace pareja con este en materia y

<sup>10</sup> Luis de Góngora, *Letrillas*, ed. Robert Jammes, Madrid, Castalia, 1980, p. 75. Recogen y comentan estos motivos Adrienne Laskier Martín, *Cervantes and the Burlesque Sonnet*, Berkeley, University of California Press, 1991, pp. 91-92. En línea: <http://publishing.cdlib.org/ucpressebooks/view?docId=ft4870069m&brand=ucpress>; Raúl López Redondo, «Lázaro de Tormes y el valentón cervantino», *Artifara* 1 (2002). En línea: <http://www.artifara.com/rivista1/testi/Valenton.asp>; o Caterina Camastra, «El valentón de espátula y gregüescos, o la risa en tiempos del bigote», en *La risa: Luces y sombras*, ed. Claudia Elisa Gidi Blanchet y Martha Elena Munguía Zatarain, México, Bonilla Artigas Editores, 2012, pp. 209-244.

<sup>11</sup> Miguel de Cervantes, *Poesías*, ed. cit., p. 410. Para una explicación del texto, véase Adrienne L. Martín, *op. cit.*, pp. 88-93.

transmisión y que reitera en breve motivos, voces y comportamientos desarrollados por extenso en la comedia.<sup>12</sup>

En el caso de *El gallardo español*, todas las escenas que convergen con el soneto tienen como protagonista al soldado Buitrago, uno de esos singularísimos personajes burlescos que atraviesan el teatro cervantino, en correspondencia y oposición con el gracioso de la *comedia nueva*.<sup>13</sup> En concreto, Buitrago se presenta con rasgos similares al rufián del soneto. La descripción que Cervantes hace de él en la jornada I resulta llamativamente detallada y contribuye de manera decisiva a su caracterización:

Entra a esta sazón BUITRAGO, un soldado, con la espada sin vaina, oleada con un orillo, tiros de sogá; finalmente, muy malparado. Trae una tablilla con demanda de las ánimas de purgatorio, y pide para ellas. Y esto de pedir para las ánimas es cuento verdadero, que yo lo vi, y la razón porque pedía se dice adelante. (v. 628 *Acot*)<sup>14</sup>

Más adelante, en la jornada III y última, comparecerá «con una mochila a las espaldas y una bota de vino, comiendo un pedazo de pan» (2739 *Acot*). Como el «valentón metido a pordiosero», Buitrago es un soldado pobre, hambriento, inclinado –por lo que parece– al vino, insolente, ridículamente vestido, esgrimiendo un lenguaje cercano al de germanía y que pide airadamente limosna en nombre de lo sagrado. La ridícula *espátula* del soneto –una espada venida a menos– se convierte aquí en una «espada sin vaina, oleada con un orillo, tiros de sogá», y los *gregüescos* asisten también en boca del personaje teatral, que reclama: «Descosa, pese al mundo, ese grigüesco, / desgarré esa olorosa faltriquera» (vv. 1449-1450).

Si avanzamos siguiendo como pauta los versos del soneto, veremos que la condición terrible del soldado –«que a la muerte mil vidas sacrifica»– consta en Buitrago, que, como buen fanfarrón, alardea desmesuradamente de sus hazañas: «Cuerpo de Dios conmigo! Denme ripio / suficiente a la boca y

<sup>12</sup> Cfr. Valentín Núñez Rivera, *Cervantes y los géneros de la ficción*, Madrid, Sial, 2015, pp. 285-287.

<sup>13</sup> Para una caracterización de estos personajes, véase Jean Canavaggio, «Las figuras del donaire en las comedias de Cervantes», en *Risa y sociedad en el teatro español del Siglo de Oro*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1980, pp. 51-64 y Luis Gómez Canseco, «Discretos desvergonzados. Otras tramas en las comedias de Cervantes», en *La desvergüenza en la comedia española. Actas de las XXXIV Jornadas de teatro clásico*, Almagro, Universidad de Castilla-La Mancha, 2013, pp. 103-122.

<sup>14</sup> Todas las citas de *El gallardo español* o de *El rufián dichoso* están tomadas de Miguel de Cervantes, *Comedias y tragedias*, coord. Luis Gómez Canseco, Madrid, Real Academia Española, 2015.

denme moros / a las manos a pares y a millares: / verán quién es Buitrago y si merece / comer por diez, pues que pelea por veinte» (vv. 662-666). No solo eso, Buitrago, como el valentón, se muestra «cansado del oficio de la pica, mas no del ejercicio picaresco», pues en un momento dado deja salir sus quejas y sus deseos de seguir otra vida más muelle y cercana a la picardía: «¡No fuera yo motilón / o mozo de bodegón, / y no soldado!» (vv. 1505-1507). Hasta la presencia de lo picaresco se hace explícita en Buitrago, cuando se refiere a su propia indumentaria: «¿Hace burla en ver el traje / entre pícaro y salvaje?» (vv. 1360-1361).

En el verso 7 del soneto, el soldado se acerca a un corrillo de gente rica con la intención de pedir, y lo mismo hace Buitrago al ver a Margarita, disfrazada de hombre, y a su ayo Vozmediano, que acaban de llegar a Orán: «*Entra Buitrago con la demanda*. BUITRAGO: Vuestras mercedes me den / para las ánimas luego, / que les estará muy bien» (vv. 1304-1307). Si Buitrago pide insistentemente para comer y beber, pues uno de los rasgos que caracteriza a su personaje dramático es un hambre feroz, del valentón se asegura en el verso 8 que «pidió refresco». Explica el *Diccionario de Autoridades* que *refresco* era el «alimento moderado o reparo que se toma para fortalecerse y continuar el trabajo o fatiga», y acabamos de ver cómo Buitrago pide que le den de comer para continuar su tarea militar: «Denme ripio / suficiente a la boca y denme moros / a las manos a pares y a millares» (vv. 652-654).

Al tiempo, coinciden ambos personajes en el hecho de pedir limosna, en la invocación de Dios y de un dudoso santoral y hasta en el modo impertinente y descarado de hacerlo. Las amenazas del soneto en los versos 9-11: «“Den, voarcedes, por Dios, a mi pobreza”, / les dice. “Donde no, por ocho santos / que haré lo que hacer suelo sin tardanza”», casan en urgencias e imperativos con las de Buitrago:

Denme, ¡pese a mis pecados!  
¡Siempre yo de aquesta guisa  
medro con almidonados!  
Denme, que vengo de prisa,  
y ellos están muy pausados. (vv. 1315-1319)<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Adrienne L. Martín ha buscado un paralelo en la propia biografía de Cervantes: «Because the ex-soldier has become a common *atracador*, it is easy to detect in the sonnet a criticism of the neglect to which such men were often subjected upon returning from battle. Cervantes himself suffered from such a lack of support after his return to Spain from captivity, when he was forced to fulfill somewhat menial governmental positions for which he was notoriously ill suited» (*op. cit.*, p. 88).

La cosa llega al punto de que Margarita se queje poco más delante de los excesos verbales en la solicitud por parte del soldado: «Pide limosna en modo este soldado / que parece que grita o que reniega, / y yo estoy en España acostumbrado / a darla a quien por Dios la pide y ruega» (vv. 1439-1442). El tono pendenciero se agrava en el punto y hora que esa demanda se hace en nombre de Dios y de ocho santos (vv. 8-10), con un recurso cómico que reitera Buitrago en su petición, primero encomendándose a las almas del purgatorio: «Rogad a Dios que me den, / porque, si yo como bien, / rezaré más de un rosario / y os haré un aniversario / por siempre jamás. Amén» (vv. 1370-1374), para, al poco, lanzar un juramento como eufemismo de «Voto a Cristo»: «¡Voto a Cristóbal del Pino, / que, si una vez me amohino, / que han de ver quién es Callejas!» (vv. 1488-1490). Tras todo ello subyace un uso blasfemo y descreído de las devociones, similar al que Cervantes describe entre los hampones de *Rinconete y Cortadillo* y a las reflexiones que Buitrago deja caer en la jornada I de *El gallardo español*:

...como saben todos que no hay ánima  
a quien haga decir solo un responso,  
si me dan medio cuarto, es por milagro;  
y así, pienso pedir para mi cuerpo,  
y no para las ánimas. (vv. 644-648)

El mismo descreimiento se reitera por boca del soldado en la jornada II:

Así guardan la ley de Jesucristo  
aquestos como yo cuando estoy harto,  
que no me acuerdo si hay cielo ni tierra:  
solo a mi vientre acudo y a la guerra. (vv. 1435-1438)

La amenaza del valentón se hace terminante en el verso 11: «haré lo que hacer suelo sin tardanza», y tiene asimismo su paralelo en la respuesta de Buitrago, cuando sus interlocutores se resisten a darle esos dineros: «Y yo, que a lo de Marte me acomodo, / y a lo de Dios es Cristo, doy por tierra / con todo el bodegón, si con floreos / responden a mis gustos y deseos» (vv. 1459-1462). No es de extrañar, pues, que la reacción de los solicitados en el soneto y en la comedia sea también pareja en agresividad, pues, si en el verso 12 del poema, uno «a sacar la espada empieza», parece que el gesto es el mismo en Margarita, según se deduce las palabras del propio Buitrago: «Descoja sus manos blandas / y dé limosna, galán. / ¿Qué me mira? Acabe ya; / eche mano, y no a la espada, / que su tiempo se vendrá» (vv. 1323-1327), y, más adelante, de las de Vozmediano: «Esa es manera / de hacer sacar la espada y no el dinero» (vv. 1452-1453).

En el último verso del soneto, dos elementos más encuentran su paralelo en los textos cervantinos: el calificativo con que se describe al valentón y el

chiste final. La voz *bravonel*, que en Covarrubias o *Autoridades*, viene a significar ‘rufián’ o ‘fanfarrón’, reaparece en los versos de otra comedia cervantina de ambiente picaresco, *El rufián dichoso*, aunque aquí como elogio atenuado y puesto en boca del padre de una mancebía: «Nuevo español Bravonel, / con tus bravatas bizarras / me has librado de las garras / de aquel tacaño Luzbel» (vv. 985-988). Por otro lado, el quiebro final del soneto: «Irme sin ella», ahonda en una cobardía que parece contradecir las bravatas que hasta ese momento venía desplegando el valentón metido a pordiosero. Por su parte, Buitrago, que ha luchado valiente y denodadamente contra el enemigo musulmán en defensa de su rey y de su fe, cuando la comedia está dando a su fin y todos se disponen a comer perdices, sale por los cerros de Úbeda anunciando que, a pesar de la derrota del ejército musulmán y de sus oraciones a las ánimas benditas, si el banquete no es de su gusto, cambiará de bando y religión para comer mejor. No se trata ya del gesto de ingenio que desbarata el discurso del personaje, sino de la disposición sintáctica del mismo, que lo acerca a la solución verbal del soneto:

BUITRAGO    Tôquense las chirimías  
                   y serán, si bien comemos,  
                   dulces y alegres las fiestas.  
 GUZMÁN     ¿Y si no?  
 BUITRAGO            Renegaremos. (vv. 3119-3122)

Lejos de mi intención convertir estas páginas en un argumentario a favor de la autoría cervantina. Doctores tiene la iglesia para determinar si los versos son o no del santo. El único propósito de estas páginas era el de poner en paragon el tal soneto con estos episodios protagonizados por Buitrago en *El gallardo español*, y señalar la proximidad de ambos textos en el tiempo de composición, la situación que describen y hasta su misma formulación verbal. Nada más.